

Carta de un vagabundo

María Elena Jiménez Obando

Profesora del Programa de Enfermería, Universidad Mariana

Isaac Leonardo Jiménez Ordóñez

Investigador independiente

Desde cualquier lugar del mundo. Sin fecha de inicio ni final.

Dirigido a todos aquellos que muestren interés en leer su contenido.

Nací un día cualquiera; quizás al rayar la aurora, cuando las aves trinan sus melodías, dando gracias al Creador. Pudo ser también al mediodía, cuando el sol canicular estampó sobre mi cuerpo mi primera marca. Tal vez, en una noche tenebrosa y fría, cuando el hielo nocturnal taladra los huesos y se escucha el chasquido de los dientes en forma involuntaria. Me inclino por esta última posibilidad, ya que todo mi devenir ha sido tinieblas y he caminado siempre a tientas. Mi madre debió ser una esclava de la servidumbre. Un ser sin voz, sin voto, un cero a la izquierda de la cruel sociedad, sumisa todo el tiempo, para cumplir las órdenes de un patrón, por un mendrugo de pan que sobraba en la mesa o unas pocas monedas que recibía a cambio de lavar los pecados de la humanidad, con sus manos amoratadas por restregar sobre la dura piedra, desde el amanecer del día hasta que el velo de la noche se imponía. Debió poseer un marido cruel y despiadado, que solo la esperaba en su casa para que preparase los alimentos y lo atendiera como él se merecía, pues él era 'el señor de la casa'.

En Semana Santa, al cumplir como católica el precepto de confesarse, postrada de rodillas ante el confesor, depositaba sus cuitas y divulgaba sus arcanos. Esperaba una voz de aliento para continuar con la pesada cruz del matrimonio, pero el representante de Dios en la tierra le repetía: Tienes que cargar con esa cruz "hasta que la muerte los separe". Al retirarse de aquel sitio sagrado, cubierta su cabeza con un andrajoso pañuelo negro —como

caracterizaba el color de su suerte—, debió meditar camino a su refugio. Quizás en uno de esos tristes recorridos, pudo atravesar la puerta hacia esa dimensión desconocida. Debió morir, como mueren los parias por culpa de la cruel sociedad. Nadie debió verter una última lágrima, la misma que sale del fondo del alma, cuando el ser querido exhala su último suspiro. Sus restos se han perdido, como se perdió su existencia; ni siquiera una cruz del tosco leño colocaron sobre su tumba.

Por eso, con mi lento caminar, abandono por poco tiempo el bullicio de la ciudad y, penetrando en cualquier cementerio, la soledad sepulcral no me rechaza si mi dolido cuerpo doblego sobre el húmedo césped.

Lloro sin consuelo cuando inicio mi monólogo. Lloro cuando despierto de aquel sueño que dormía sobre un diván, donde a mis labios los besaba una copa de vino añejo, donde tú, madre querida, extendías tus manos para sacarme del abismo; donde con un beso en la mejilla, me deseabas una feliz noche y un bello amanecer.

Volveré mañana para seguir soñando, porque solo soñando encuentro un momento de solaz.

Después de ese hermoso delirio me incorporo lentamente, pues no tengo prisa alguna. Miro que se acerca un sabueso, y estando frente a mí, fija su mirada y bate su cola como solicitando un mendrugo de pan. Yo estiro mi mano y tomando la de él le digo: estamos a mano, compañero. Nada que el hambre pueda mitigar tengo, ni siquiera una gota de brebaje que calme mi sed.

Como los dos tenemos el mismo propósito: buscar restos de putrefactos alimentos para no morir de inanición, partamos en busca de ellos.

Puestos en marcha y a pocos metros de nuestro desplazamiento, las bolsas se desbordaban de su recipiente, llenas de contenido que los afortunados llaman 'basura' y nosotros, los menesterosos, lo llamamos maná.

Mi compañero, dotado de mejores facultades que las mías, apresuró su marcha y con su olfato bien desarrollado dio en el pan blanco y disfrutó de un succulento desayuno. Habiendo tardado en llegar y con la esperanza de encontrar algo que pudiera ingerir, reabro los paquetes de uno en uno, sin encontrar nada comestible. Recordé entonces que, en similares condiciones, siempre pierde el más lento.

Continué mi andar y, al doblar la esquina, un corazón noble me brindó una taza de café con 'pan de suelo', lo que agradecí en nombre del eterno. Habiéndome concedido la señora el permiso de sentarme en su acera, libé el precioso líquido, del que sorbo a sorbo sentí su delicioso aroma. Mientras degustaba la fascinante bebida, entendí que la divina naturaleza le da a cada quien lo que le corresponde, en el sitio apropiado y en la hora señalada.

Levantándome con mayor fuerza física y un estado de ánimo alto, busqué a mi compañero por doquier, pero no logré encontrarlo. Pensé que tenía un amigo para disipar mis penas, pero solo había sido un amigo de ocasión. Entonces, recordé que el hombre, con un poco de entrenamiento, puede llegar algún día a ser amigo del perro.

Si todos transitamos por el mismo sendero de la vida, ¿por qué unos pocos llegan a la meta? ¿Por qué otros llegan hasta la mitad del recorrido?, ¿y por qué para unos cuantos aparece la parca en la primera curva del camino, cortando el hilo de la vida? Misterios insondables de la naturaleza que el ser humano no logra entender. Divagué un tanto más de lo acostumbrado. También fue un sueño, pero esta vez despierto, porque no solo se sueña dormido. Abrí mi saco de fique, deposité dentro de él mis harapos, unos segmentos de cuerdas con los que ato unas cuantas bolsas y, de vez en cuando, un par de calzados, de distinto modelo, de diferente color y los dos de un mismo pie. Tomé mi sombrero de tres picos, lo aseguré con el barbijo para que el inquieto viento no alborotara mi melena, porque si ello llegara a suceder, se escaparían las liendres que, posadas en cabezas de alta alcurnia producirían una catástrofe; pero en la mía, son una especie de bailarines; al yo sentirlos y tenerlos como huéspedes de honor, sus picazones me producen placer.

Si mi caminar aún no se detiene, debo continuar con mi rutina diaria. Bastaron unos cuantos pasos dados para encontrarme un enjambre de niños que, alegres, bulliciosos, se acercaban a un plantel de educación. Apretujados sobre la puerta de la entrada, se desplazaban hacia su interior, porque en segundos sonaría la campana que ordenaba cerrar el ingreso. Miro a un padre de familia que presuroso llevaba a su hijo de corta edad al mencionado centro educativo. Lucía bien su calzado, brillaba su uniforme y movía su mochila de útiles. Su padre, al verlo cruzar la línea de entrada, lo separa de su mano, estampa sobre su mejilla un amoroso beso, y el niño, feliz y contento, se desplaza en ligero trote hacia su aula de clases.

Me quedé estupefacto mirando esa maravilla humana y fue tan grande mi asombro, que mis débiles extremidades inferiores no pudieron soportar el resto de mi cuerpo y, doblando mis rodillas, me senté de nuevo sobre el

césped mañanero. Viaja mi mente hacia mi pasado, a más velocidad que la de la luz, y exclamo internamente: Padre, ¿dónde estuviste cuando a mi escuela debí asistir? ¿Acaso fue mamá, la que quizás a mi primer día de clases me llevó? Quizás no me asista ningún derecho para interrogarte sobre tu existencia. Debiste ser otra víctima de la incomprensible sociedad. Aquella que ha elaborado sus leyes con hilos de telaraña, donde solo atrapan al más débil, pero se rompen ante el más fuerte. En casa, debiste ser el jefe del hogar, por el solo hecho de ser un hombre. El único que tenía voz y voto. Que nunca tuviste en cuenta las súplicas de mamá, que a diario imploraba al cielo para obtener un mendrugo de pan que calmara la física hambre. También te he buscado por los campos santos. Pero, al igual que a mamá, ni una sola cruz, y al tener esta experiencia amarga no coloco una flor sobre cualquier tumba, porque esta se marchita. Las lágrimas que vierto sobre una loza fría también se evaporan. Por eso elevo una oración al Creador, ya que solo la oración la recibe Dios.

En mi largo recorrido guardo testimonios de lo que mis ojos han visto, mis oídos han escuchado, los vituperios recibidos por doquier. Las heridas que me han causado y que aún no sanan se convierten en reserva del sumario. Nada tengo. Pero lo tengo todo: soy el propietario de mi propia empresa. No tengo colaboradores. Por tal razón, en nada puede afectarme un cese de actividades; menos ha de importarme un salario mínimo. No tengo vigilante, y menos guardaespaldas, porque a nadie le hago mal. Con nadie compito. No madrugo para controlar la bolsa de dinero, porque sé que más madrugó, aquel que la perdió. Soy el único que, cuando transita por un andén, le ceden el paso.

Quizás, tratan de evitar que sus finos atuendos rocen con mis andrajosos trapos malolientes. Y los que siguen tras de mí, presurosos, me rebasan porque el tiempo para ellos se agota; en cambio, para mí, hasta la noción del mismo he perdido. Transito de igual manera, dentro de la gran ciudad o en un barrio periférico. No despierta en mí ningún interés. Los rascacielos, las lujosas avenidas. No distingo entre un ascenso y el descenso de una montaña. Soy un barco sin timón, una hoja seca que se agita al viento. Soy un ave que ha perdido su nido. No tengo norte; tampoco tengo guía. No sé de dónde vengo, tampoco para dónde voy. Son mi familia, el sol, el viento y la soledad. Duermo donde el manto de la noche me cobija, hasta mirar la luz de un nuevo día, sin prisa alguna al despertar, pues toda noche, por larga y sombría que parezca, tiene su amanecer. ¡La frágil memoria de una sociedad presurosa, donde el rico se despierta a las siete como si fuera pobre, y el pobre duerme como si fuera rico! Donde el sentido humanitario ha desaparecido con el transcurrir del tiempo, donde sueña el naufrago en lontananza, con un rayo

de luz que llega a su rescate, porque a nadie le importa el dolor ajeno. A nadie le conmueven las tiernas lágrimas de tantos niños abandonados, de madres muertas en vida, porque perdieron a sus hijos cuando estos fueron llamados a defender la patria.

De tantos hombres que claman al cielo para que su compañera retorne al hogar donde dejó unos hijos huérfanos, un esposo hundido en el mar de la desventura por aquella que un día juró amor eterno.

Padre eterno, ¿Quién ejerce justicia de tantos inocentes que permanecen tras los muros de la cárcel por el solo delito de ser pobres?

En fin, el mundo está trastornado, y los más cuerdos padecen demencia. A mí, me han tildado de loco, aunque... los locos a veces se curan; los imbéciles, no.

Este es el papel que desempeño en el teatro de la comedia humana, pero no como actor, sino como protagonista de mi propia historia.

Como nada es eterno en esta vida, presiento que mi final se acerca. Emprendo mi última jornada esperando que la ley divina me permita penetrar en esa dimensión desconocida, donde papá y mamá esperan mi llegada para que, reunidos los tres, vivamos la gloria eterna. Y aquí, en la Tierra, unos pocos vivirán de mis recuerdos, y el resto vivirá del olvido eterno.